

GRACIAS, ZAPATERO.

María José

"Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos" (Mt 5,10).

"Acordaos de las palabras que os he dicho: el siervo no es más que su señor. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán. Pero todo eso lo harán por causa de mi nombre, porque no conocen al que me ha enviado" (Jn 15, 20-21).

La ofensiva laicista y anticlerical del nuevo gobierno socialista y de la mayoría de los medios de comunicación me hizo reflexionar sobre mi fe y me alentó a la defensa de mis convicciones y valores cristianos, que me habían enseñado en el colegio, en mi familia. Entonces empezaron a reiterarse una serie de preguntas: ¿qué puedo hacer?, ¿cuál es el compromiso de mi fe?, ¿es mi fe algo superficial? Como reacción a esto sentí la necesidad de fortalecer mi vida espiritual y empecé a buscar. Más tarde me di cuenta de que lo que buscaba era una comunidad con la que poder compartir. Hasta ese momento había vivido mi fe en solitario, a los 20 años había asistido a un grupo de oración y no llegó a gustarme el tema de la comunidad.

Lo tenía todo -trabajo, una familia estupenda, amigos y una situación económica acomodada- pero me faltaba algo, llegó un momento en que me sentía vacía. Tenía la sensación como si mi vida fuese a terminar, había perdido la esperanza. ¿Qué había hecho en mis 43 años?, entonces pensé en meterme en una ONG y ver si ayudar a los demás me llenaba esa sensación de vacío.

Era consciente de lo privilegiada que era y le daba gracias al Señor por todo lo que me había dado, pero algo fallaba porque faltaba la ilusión.

Un día, sin saber por qué, y después de ir durante más de 20 años a misa a Boadilla del Monte, empecé a ir a Pozuelo, a Santa María de Caná. Me gustaron las Eucaristías en esta iglesia, y empecé a acudir a ellas con un espíritu diferente.

El día de Nochebuena de 2004, cuando estaba ya casi medio dormida en el sofá, sentí la necesidad de ir a la Misa del Gallo, a pesar de la pereza por el frío y el sueño, me levanté y me fui a Pozuelo. Al llegar me quedé asombrada, la Iglesia estaba impresionantemente llena de gente de todas las edades. La sensación que yo sentí creo que no la había sentido nunca, viví la Eucaristía del Nacimiento de Jesús como nunca. Me pasé toda la misa llorando. Me sentía pecadora pero a la vez tenía alegría en el corazón porque había encontrado una comunidad que vivía de verdad la llegada del

Señor. Algo había en aquella parroquia que te hacía sentir diferente, los cánticos y la homilía de Don Jesús me llegaron al alma.

En los meses posteriores seguí yendo a Santa María de Caná y, aunque sólo iba los domingos, nunca había ido tan feliz a misa.

La muerte de Juan Pablo II en el mes abril fue un nuevo impulso en mi vida espiritual. Durante esos días me pasaba el tiempo pegada a la televisión, a la radio y me leía todo lo que salía en los periódicos sobre el Santo Padre.

Yo le había visto en varias ocasiones, acudí a una audiencia en Roma en el año 79, luego, la primera vez que vino a España, estuve en el Bernabéu, en Ávila y en la Castellana. Finalmente, en su última visita a España estuve en la Eucaristía de Colón, donde acudí por un impulso de última hora y que viví ardentemente.

La actitud de los creyentes pidiendo por él, la llegada de multitud de peregrinos a Roma para asistir a su funeral y la fe con la que esa gente guardaba colas interminables para darle su último adiós, fue algo que me conmovió.

Todo ello, me ayudó a acudir al sacramento de la reconciliación del que me había alejado en los últimos años.

La elección del nuevo Pontífice -mi conocimiento del Cardenal Ratzinger procedía de los periódicos, muchos de ellos nada favorables al hasta entonces Prefecto para la Doctrina de la fe- fue una gran alegría. Me dirigía a casa desde el trabajo cuando oí en la radio que había salido la fumata blanca. Los ojos se me llenaron de lágrimas de emoción y aceleré el coche para llegar a tiempo de ver la salida del nuevo Papa a saludar a los peregrinos.

En estos días se vio una Iglesia que estaba viva, era joven y era libre frente a las críticas de la “dictadura del relativismo”. Yo me sentí más Iglesia que nunca, noté la necesidad de compartir esos sentimientos y vivencias.

Por esas fechas, una compañera y amiga, Pilar, tras una cena con antiguos compañeros y mientras la llevaba en coche a su casa, me comentó que ella y su marido asistían desde hacía varios años a un grupo de oración de la Renovación Carismática. Ella me contó la forma tan casual por la que había llegado al grupo, lo extraño que le había parecido en un principio, lo feliz que se sentía y lo que había cambiado su vida su nueva experiencia de fe. Me comentó la existencia de un grupo en Pozuelo, en Santa María de Caná, donde yo acudía últimamente a misa, y en este grupo iba a empezar un seminario. De camino a mi casa le fui dando vueltas a la conversación, me sentía inquieta y no sabía por qué.

Yo nunca había oído hablar anteriormente de estos grupos. Un día, desayunando con un compañero y con Pilar, ella había comentado que era carismática. Mi compañero, que sí había oído hablar de la Renovación porque alguien que conocía era carismático, me dijo que Pilar debía tener cuidado porque esos grupos eran como una secta, donde se hacían cosas raras como “hablar en lenguas”. Yo conocía a Pilar y a Álvaro desde hacía mucho tiempo y sabía cómo eran y como pensaban, por lo cual no di la menor importancia al comentario de mi compañero.

Un día, Pilar, Álvaro y yo, después de asistir a una charla en Caná sobre la Eucaristía, nos fuimos a cenar y estuvieron toda la noche hablándome de la Renovación Carismática, y me informaron sobre las cosas que me podían parecer extrañas o diferentes respecto a los rituales tradicionales. Pilar quedó que me avisaría del día que empezaba el seminario.

Empezaron mis dudas sobre mi asistencia, creo que me daba miedo perder la libertad y atarme a algo que no sabía qué era. Finalmente decidí ir y Pilar me acompañó. Aquellos grupos de oración me gustaron desde el principio, me encantaron las canciones de alabanza, las enseñanzas y fundamentalmente me gustó la sensación de libertad y de estar en un grupo que me recordaba a lo que había leído en la Biblia sobre las reuniones de los primeros cristianos. Poco había oído hablar del Espíritu Santo. Yo no era consciente de su importancia, no tenía interiorizada su presencia. Cuando empecé el seminario me compré el librito que recomendaron para seguirlo. Todos los días leía las lecturas correspondientes y la reflexión. Pilar me había prestado unas cintas de otro seminario de Chus de Maranatha que llevaba puestas en el coche mientras iba a trabajar. Todo me parecía nuevo. La ilusión y el deseo de conocer más sobre la obra del Señor me produjo un cierto estado de “ansiedad”.

El día de la “Efusión del Espíritu”, cuando Pilar me impuso las manos, yo me vi como un niño pequeño en los brazos de Jesús. Así, como los niños, con la mente y el corazón abiertos he intentado seguir recibiendo las enseñanzas del Señor durante este último año.

En poco tiempo noté que algo estaba cambiando dentro de mí, empezaba el proceso de enamoramiento del Señor. La necesidad de acudir a la Eucaristía, era, realmente, auténtica sed espiritual lo que sentía. Empecé a leer libros sobre la Renovación Carismática, el libro de Chus Vivencias de Gratuidad, empecé a leer la Biblia y a orar con más asiduidad. Mi oración ya no era sólo de petición sino también de alabanza. No sólo acudía a mi grupo de oración, también algunos días iba al grupo de Madrid o a Móstoles, todo me parecía poco. Algunas de las cosas que me habían interesado anteriormente, dejaron de importarme y era feliz en compañía de mis hermanos de los distintos grupos.

En este último año he viajado dos veces con varios hermanos acompañando a Chus a predicar. En ambos viajes el Señor se ha hecho presente.

Viaje a Gerona

Las 6 horas de viaje a Gerona se hicieron cortas compartiendo el trayecto con Fernando y Pilar. La acogida de María, Pepi, Dori y Chus, que llevaban varios días en la ciudad, fue calurosa. Pasamos días maravillosos en compañía de nuestros hermanos catalanes en Bañolas. Era mi primer viaje con la comunidad y todo me parecía intensísimo. Había pedido permiso en el trabajo para poder volver tranquilamente el lunes, ya que pensábamos comer en Zaragoza y a mí me hacía mucha ilusión porque no había estado nunca allí.

El último día, cuando ya estábamos preparados para iniciar el viaje de regreso a Madrid, me di cuenta de que me habían robado las tarjetas de crédito y que habían realizado compras por valor superior a 5000 euros. Tras realizar las llamadas correspondientes, empezamos el periplo por la comisaría, una oficina del banco, otra

vez a la comisaría donde estuvimos esperando más de una hora... Pilar, Fernando y María fueron pacientes, me acompañaron y me ayudaron en todo momento. Chus y los acompañantes del otro coche, que habían salido de Gerona antes, llamaron continuamente durante el viaje para interesarse por mí. La ayuda de María (hermana de Gerona) fue inestimable, porque nos permitió hacer las gestiones con más diligencia y acompañó a Fernando mientras Pilar y yo hacíamos la denuncia.

El nerviosismo de los primeros momentos se fue convirtiendo en PAZ. No estaba enfadada por la “faena”, no guardaba rencor al ladrón y le daba gracias al Señor por haberme dado cuenta del suceso el último día, lo que me había permitido disfrutar del retiro. También me di cuenta de la importancia de la comunidad, porque en todo momento me sentí acompañada y arropada. El dinero robado -que no sabía si recuperaría ya que habían pasado 3 días desde que se realizó el robo hasta que yo lo denuncié- no me preocupó demasiado, porque había disfrutado de cuatro días maravillosos.

El Señor me enseñó lo poco importante que son las cosas materiales y a que apreciara el amor de los hermanos y las vivencias espirituales. Finalmente, pasado un mes el dinero me fue devuelto por el seguro del Banco.

Viaje a Loyola.

A pesar de llevar varias semanas con una tos horrible por un virus, decidí que no podía ser impedimento para ir a Loyola, viaje que tenía preparado un mes antes. Llevaba el bolso lleno de medicamentos y caramelos.

A pesar de la tos, no había dejado de fumar.

La tos nocturna me impedía dormir bien. Una noche, cuando me desperté ahogándome, empecé a orar y le pedí al Señor que me quitara la tos y le prometí que dejaría de fumar, ya que después de 20 años seguía siendo mi vicio favorito. En ese momento sentí en el corazón que el Señor no me iba a quitar la tos -de hecho me duró 2 semanas más-, yo no lo entendía. El domingo me levanté con la determinación de no fumar ni un pitillo y me costó un poco, aunque menos de lo que yo creía.

Hoy, después de 6 meses puedo decir que estoy como si no hubiera fumado nunca en mi vida. Todos esos problemas de ansiedad y malestar, cambios de humor, apetito... no han tenido ningún efecto en mí. Mi parche antitabaco ha sido el Señor.

El Señor, manteniéndome la tos, me dio la LIBERTAD para seguir fumando cuando desapareciera, pero me dio la fuerza para poder dejar de fumar sin sufrir.

Estos son mis primeros pasos en la Renovación Carismática. Doy las gracias a Zapatero, que con su postura anticlerical me estimuló a buscar el fortalecimiento de mi fe y para ello el Espíritu Santo me condujo a la Renovación Carismática. El vacío se ha empezado a llenar y hoy tengo ESPERANZA en que cada día va a ser nuevo, van a pasar cosas, vivencias y encuentros con el Señor. Tantas cosas me quedan por aprender y conocer de Jesús que parece que faltan horas en el día.

Alabado seas Señor por todo lo que me has dado y por lo que me vas a dar el resto de los días de mi vida.

¡Gloria al Señor!